

UNA VIDA DE NAUFRAGO

Carlos Solís Santos

Son legión, *hélas*, aquellos de quienes se puede decir que erraron ora en el lugar de nacimiento, ora en la época, ora en ambos. Este último es el caso de don Manuel Iradier Bulfy (1854-1911), explorador vascongado que compró Guinea Ecuatorial para España. De haber nacido en idéntico lugar, pero en los años de la Conquista, acaso hubiera avistado por vez primera alguna isla, atravesado antes que otro cristiano unos cerros, bajado cierto río de légamo o bautizado y aniquilado alguna estirpe amerindia. Si hubiese persistido en nacer cuando lo hizo, pero en un país anglosajón (señalo por mor de ejemplo), acaso diera nombre a un canal polinesio, a un radiolario inverosímil o a algún afamíptero de peregrina geografía. Pero no; habiéndose empecinado en sus particulares aquí y ahora, sufrió y luchó sin éxito alguno para arribar, quebrado y mordido de perros, al pinar de Balsaín. Olvidado, sin vislumbrar una vela en lontanaza, hubo de ser rescatado por esa piadosa amiga universal de los que penan, la muerte.

Un siglo antes, las expediciones británicas del capitán Cook (cito no por prurito de erudición, sino por pergeñar el telón de fondo) dieron pie a que marinos sabios y naturalistas intrépidos como J. Banks o D. Solander ensancharan los muros de nuestra experiencia de la naturaleza, de nuestra tierra y de nuestra humanidad. Incluso el fin del buen Cook en los hospitalarios vientres de los hijos de las islas Sandwich no dejó de ser el homenaje que todo caníbal rinde a su tasajo. Asimismo, medio siglo antes de la aventura africana de Iradier, el barco de Su Majestad, *Beagle*, mandado por el capitán FitzRoy, iniciaba un viaje explorador llevando consigo a un joven naturalista que andando el tiem-

Manuel Iradier.

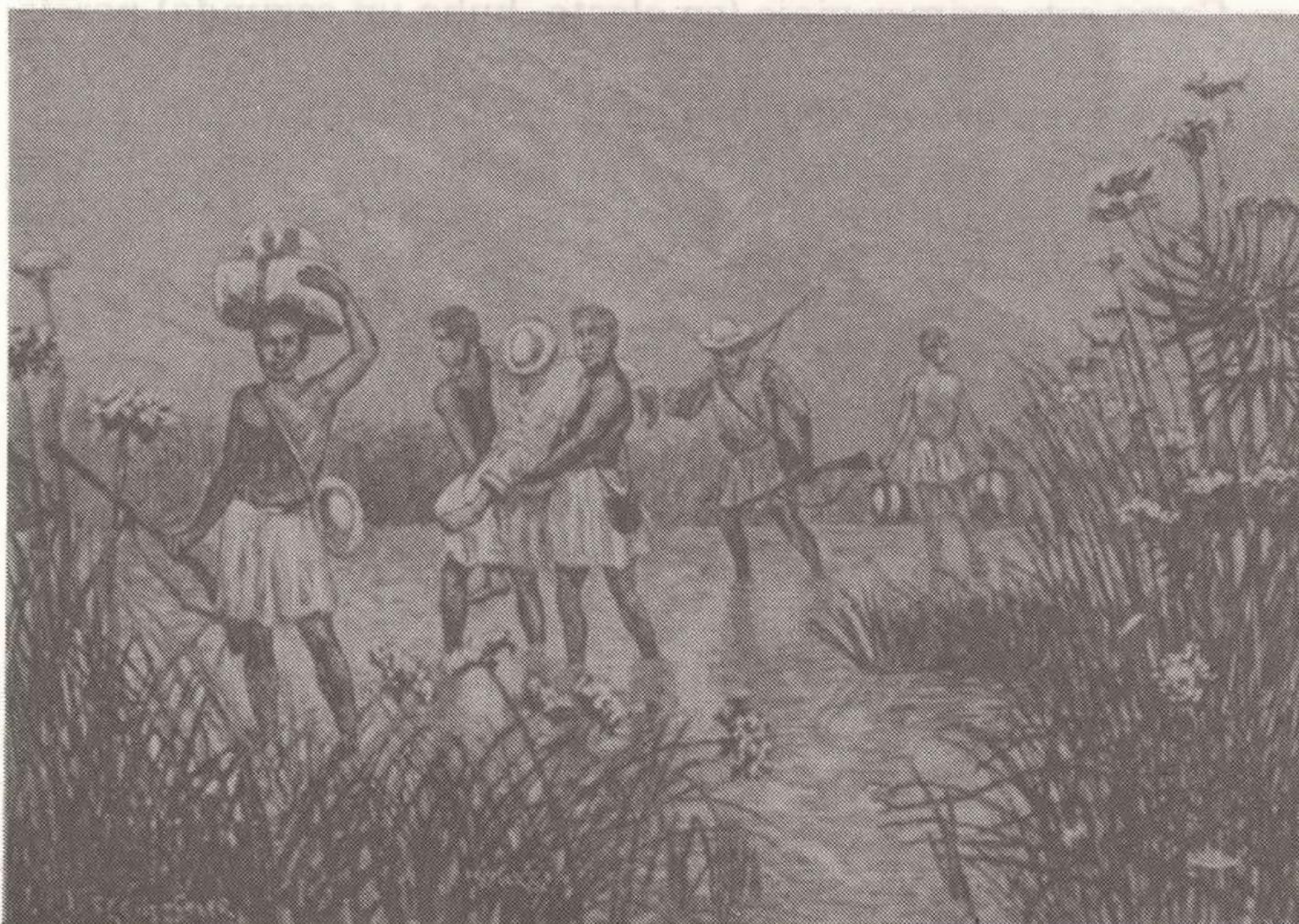
po se haría famoso con una doctrina, según la cual las especies evolucionan por selección natural. Aun cincuenta años después, un gringo, el capitán Byrd, llevaría el espíritu del Sacrobosque (Hollywood) a la exploración del «Little America», un trocito de la Antártida, transportando consigo quinientas toneladas métricas de material, perros, aviones y cuatro barcos. Esta plétora de artificios, capitanes, naturalistas y dineros públicos se cita como contraste del equipo de Iradier, consistente en una cuñada, unas banderas patrias, alguna escopeta y varios duros de amigos y vecinos de Gasteiz (Vitoria).

Siendo español (lo que ni apruebo ni condeno), el vascongado Iradier no cosechó descubrimientos geográficos, entomológicos ni etnográficos de nota. Y puesto a ser comido, no lo fue por indómitos caupolicanes de ébano, sino por tristes esporozoarios del género *plasmodium* de tamaño microscópico (menores aún que los eritrocitos que los contienen, digamos puestos ya a evacuar doctrina).

Ahora bien, si exceptuamos este accidente (en ambos sentidos) de la nacionalidad, poco hay en nuestro náufrago que lo distinga en espíritu y resolución de los naturalistas y capitanes antes mentados. Toda deficiencia es externa y, por así decir, adventicia, cifrándose tan sólo en falta de apoyo científico, naval, económico y político de su país.

Ninguna época podía ser más favorable a la formación de un explorador africano que aquella que se inicia con el memorable encuentro de Livingstone y Stanley en el corazón de las tinieblas, producido cuando nuestro náufrago era un adolescente. Iradier comenzó estudiando filosofía, y aunque ningún pensamiento posterior delata semejantes comienzos, no es difícil ver en ellos (como habrán de consentir quienes hayan pasado por esos estudios en épocas ya un poco lejanas) una de las más poderosas causas de su deseo de largarse a la selva. Antes de poder realizar sus anhelos, recorrió los parajes en torno a Gasteiz en excursiones naturalistas, convirtiéndose pronto en el cabecilla de la juventud de esa ciudad culturalmente activa y llena de asociaciones de *virtuosi*, desde la *Academia Instructiva de Amistad* hasta el *Orfeón Alavés*, pasando por la *Compañía Ultra-Oceánica Propagadora*, la *Academia Alavesa de Ciencias de la Observación* o el *Ateneo Científico*. Todas ellas se reunían en la Sala del Instituto de Vitoria, donde tras los cristales de las vitrinas parpadeaban las colecciones mineralógicas, botánicas, zoológicas y arqueológicas, todo ello bajo la mirada ensoñadora de un ciervo disecado.

Allí, en torno a la mesa central cubierta de mapas, escalpelos, lancetas y frascos de alcohol, Iradier y sus proscritos leían pla-



La retirada de las praderas Ukumbanguba.

nos y libros de viajes: *La tierra y sus habitantes*, el *A través de África* de Cameroon, o el *A través del continente misterioso* de Stanley. No era la suya una curiosidad literaria u ociosa, ca; sino práctica y activa, pues extraían y anotaban datos no menos deleitables que útiles. Por ejemplo, que basta duplicar la circunferencia de la huella del elefante para calibrar muy justamente su altura. Con poco más de catorce años fundó la *Sociedad Viajera* (luego *La Exploradora*) para el estudio de temas africanos, reuniendo una biblioteca, celebrando seminarios y redactando memorias para organizar el paso a la acción.

En un principio entretenía la idea de atravesar África de norte a sur, pero conversaciones con el gran Stanley, entonces corresponsal en la guerra carlista, lo convencieron para iniciar sus exploraciones frente a las costas de las islas españolas del golfo de Guinea.

Tenía veinte años cuando, harto de ganarse la vida dando clases elementales de matemáticas y ciencias naturales o cargando con el teodolito de los ingenieros de montes de la Diputación, reunió mil seiscientos duros y, unido de escopeta, pólvora, frascos, esposa y cuñada, partió, a finales de 1874, hacia el sobaco de África, frente a cuya línea costera (una rompiente de follaje sobre un mar de mercurio) llegó en la primavera del año siguiente. Pasará en la zona un par de años, hasta que a mediados de 1877 las fiebres lo obliguen a retornar a casa, realizando entre tanto lo que enseguida se pormenorizará.

Como este primer viaje (en efecto, hubo un segundo) poseía fines desinteresados, puramente cinegéticos, naturalistas, exploratorios y aventureros, sus insuficiencias no resultaron demasiado dramáticas. Por ejemplo, Iradier estaba muy ilusionado con las piezas de caza que iba a cobrar y estuvo a punto de provocar una catástrofe en el barco que lo transportaba cuando se le incendió el equipaje en que llevaba escamoteada la pólvora. Sin embargo, sus éxitos cinegéticos resultaron en ciertos aspectos por debajo de lo esperado y, en otros, muy por encima. En efecto, tras recorrer unos quinientos kilómetros por el continente africano cargado de escopetas, abatió tres piezas de mérito desigual, la primera, un lorito; la segunda, una gallina que, al igual que en Alava, tenía un dueño, el cual, aunque negro, estaba tan dispuesto como el más albo de los euskaldunes a medirle el lomo si no pagaba; la tercera, una vieja tomada por un búfalo en un brumoso amanecer (comprensible error; ambos son de color negro).

Oh, qué buen vasallo

Naturalista baconiano tres siglos después de F. Bacon, explorador *free lance* doscientos años después de que las academias científicas nacionales dejasen de utilizar sus servicios, ayuno de apoyos institucionales, sin más formación científica que la derivada de actuar como ayudante de topógrafo, poco se podía esperar de sus esfuerzos. Los conocimientos botánicos de Iradier no debían ir mucho más allá de lo necesario para la recolección de pacharanes y otros comestibles silvestres. Incapaz de determinar *in situ* los especímenes de interés, tampoco sabe cómo preservar sus herborizaciones de la putrefacción (hay que esperar a Emilio Guinea —no va de coña— López, *Ensayo geobotánico de la Guinea continental española*, Madrid, 1946, para disponer de una descripción aceptable). Asimismo, la mezcla de aserrín y alcohol, que tan buenos resultados había dado en Vitoria para preservar insectos, resultó impotente para poner coto a la voracidad de los microorganismos ecuatoriales, la cual arruinó los dos mil ejemplares de insectos recolectados. Otro tanto cabe decir del ron y la ginebra malgastados en la conservación de una buena parte de los peces y ofidios recogidos.

Fue Amado Ossorio y Zabala, un médico de Vegadeo, de mayor resistencia física y conocimientos que don Manuel, el que un par de lustros más tarde imprimió el nombre de Iradier en el libro de la ciencia, al bautizar a una de las tres especies nuevas de coleópteros que descubrió con el nombre de *Oxyrrhypes Iradieri*. Con todo, sería inicuo culpar a nuestro náufrago del fracaso biológico de su expedición cuando en la metrópoli el profesor Francisco Martínez y Sáez tiró la toalla ante la tarea de clasificar unos



Antonio Sanguineto, Amado Ossorio, Manuel Iradier y Bernabé Giménez, en la primera fila. Detrás, Ebobue (marinero), Jenagani (patrón), Bokipo (marinero), Joli (intérprete), Imana (jefe de caravana), Bube (marinero), N'Gamo (marinero), Ehoi (intérprete y cocinero), Pupa (mujer de Joli).

saurios del género *Euprepes*, salvados de la general podredumbre, por no encontrarse en Madrid los *Proceedings* de la Academia de Filadelfia, donde presuntamente se describían.

Las más minuciosas observaciones de nuestro naufrago son meteorológicas y topográficas, para las que estaba más preparado por su experiencia laboral. Humedades aéreas, lluvias, vientos, nubes, halos, parhelios, anthelios, refracciones atmosféricas, tormentas eléctricas y otros meteoros despliéganse ante el lector de sus informes con grandeza wagneriana e interés errático (las gotas de lluvia, al parecer, poseían un diámetro entre los tres y los ocho milímetros). Nos vemos transportados a otros tiempos. Nada hay más parecido a sus cuadros que las tablas del tiempo de Boyle y Locke en el siglo XVII. Asimismo, sus mediciones de la refractancia y propiedades térmicas de diversos tejidos y prendas usados en las regiones intertropicales recuerdan las investigaciones de Benjamin Thomson, Conde Rumford, a finales del XVIII para mejorar el equipamiento del ejército del elector de Baviera. También nos habla del calórico, una supuesta sustancia fluida en la que consistiría el calor, cerca de medio siglo después de que Joule estableciese el equivalente mecánico del calor.

Las observaciones y comentarios de nuestro naufrago son a la vez más deficientes y reveladores en el terreno antropológico,

donde aprendemos más sobre la cultura del observador que sobre los sujetos estudiados. En la misma época en que F. Boas publica sus estudios sobre los esquimales centrales (1888), Iradier da a la luz su *Africa tropical* (1887) plagada de prejuicios sobre los negros, cuyas características anatómicas, ángulos e índices faciales mide con fruición. Obviamente no se le escapa la *proximidad* entre el mono y el africano, que tiene los dedos de los pies prensiles y cuyos retoños andan inclinados hacia adelante en la *posición del mono*. ¿Qué comentar a ello, sino que son ideas provenientes de un país sobre el que Inglaterra mantenía el derecho de control de buques para evitar el comercio negrero que sólo unas décadas antes explotaba en Guinea el aventurero Pedro Blanco (¡vaya por Dios, qué otro apellido!).

Pasando al terreno psicológico-moral, leemos que en *el negro* dominan los sentidos y la memoria sobre la inteligencia y la razón; en general, las pasiones sobre el espíritu. No todo es malo en el negro, pero incluso cuando acierta lo hace más por vicio que por virtud: *el hombre blanco con su inteligencia ha dominado la naturaleza. El africano con su sagacidad y malicia ha engañado a la naturaleza*. En medio de tanta zozobra no deja de otorgar el benévolo Iradier una ventaja y consuelo al en otros sentidos tan mal dotado africano: *el pene es más largo (...) y el acto del coito es de mayor duración*. No quiero ni pensar cómo midió todo esto.

Con este bagaje de ideas no cabe esperar mucho de su aportación al conocimiento de la organización social e instituciones, de la religión y las costumbres de los nativos. Bien se puede decir que no se enteró de nada.

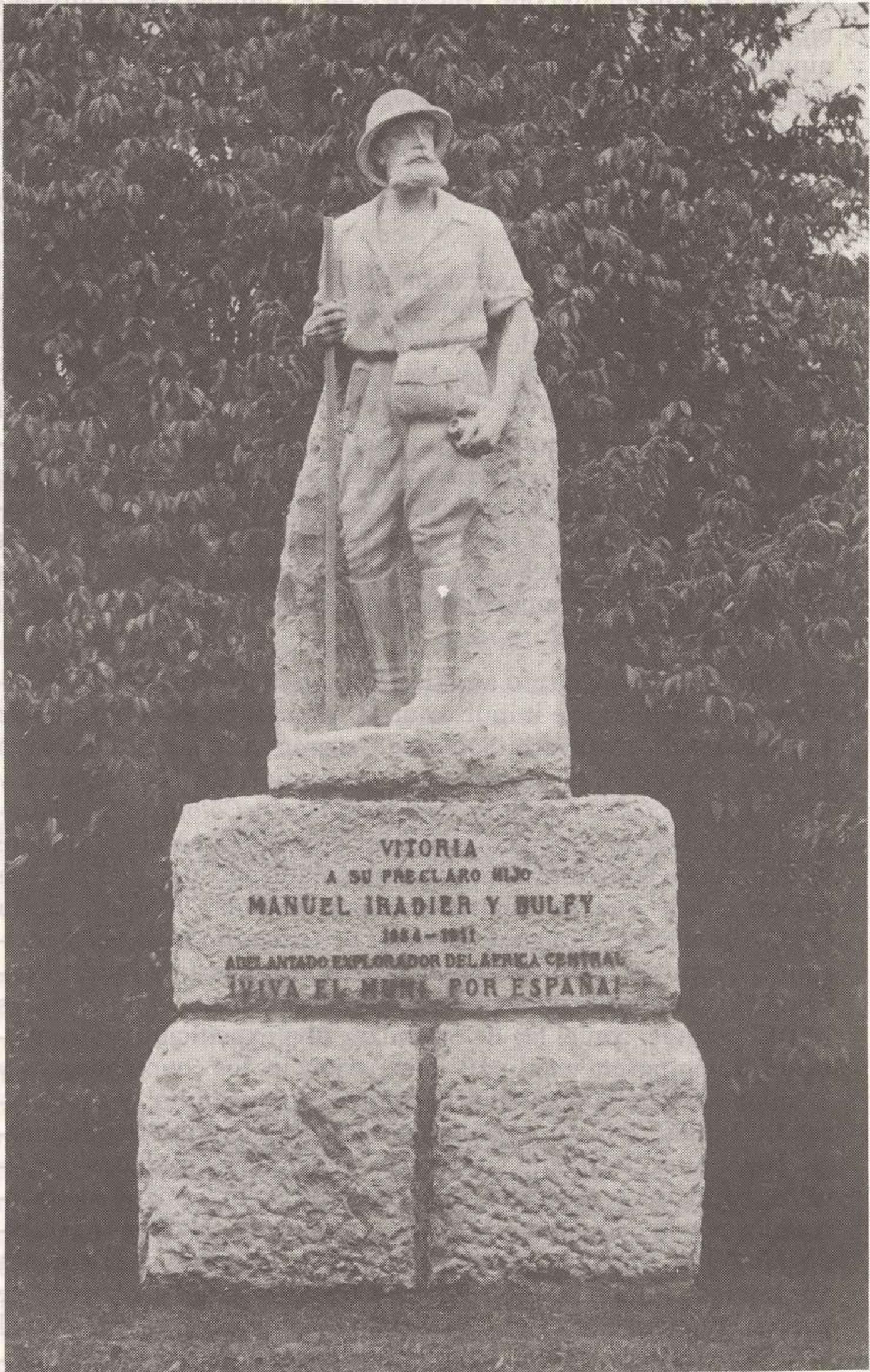
Más extenso y útil es el pormenor que nos da del lenguaje benga, una tribu costera arrinconada por el avance de los pamúes, aunque, sin duda, se basa para ello no en trabajos originales suyos, sino en las investigaciones pioneras de tres misioneros americanos de Corisco. Estos confeccionaron una gramática, un diccionario y tradujeron una selección de la Biblia. Apoyándose sobre hombros de gigantes, nuestro náufrago vio más lejos y, dejándose de Deuteronomios y Levíticos, recopiló una utilísima y muy práctica lista de *algunas frases usuales* (las cursivas son mías), como, por ejemplo: *Si tú no me das provisiones, yo quemaré el pueblo* («Ovemba be yá ka tu be boka»), o bien *No me desobedzcáis porque os mataré* («Ujakumba bimaso bica neanda»). Su implantación práctica no le hace empero olvidar la especulación teórica más pura, la cual irrumpe al hilo de la constatación prometedor de que los benga hablan el español como los vascongados por lo que atañe a entonación y construcción, así como a las profundas y profusas semejanzas léxicas entre el euskera y el benga. A este respecto acaricia la audaz hipótesis de la existencia de antiguos colonizadores vascongados, cuyos descendientes se es-

conderían aún en un cono volcánico en el ombligo del continente, a modo de Shangri-La africana. O mejor aún (para no dejar ninguna explicación sin considerar), quizás haya sido al revés: *Si habremos habitado los vascos en algún tiempo el continente africano. Quién sabe, termina. ¡Encierra tantos misterios la historia del pueblo euskaro!* Eso me parecía a mí.

El Muni por España

Pero volvamos a la narración principal. A mediados de 1877, Iradier deja Bioko (Fernando Poo), donde había pasado la mayor parte del tiempo y donde perdió a su hija nacida en Africa, víctima de las fiebres. Comido por los miasmas mefíticos de la podredumbre selvática retorna enfermo y cansado, pero no abatido, a la patria donde encuentra algunos círculos que aprecian sus experiencias. Una vez en Vitoria, retorna a sus clases, no tardando en resucitar la vieja *Asociación Eúskara la Exploradora* y en planear nuevos viajes para llegar desde Guinea a los Grandes Lagos vistos por Burton y Speke. Sin embargo, durante los últimos años el país ha cambiado mucho, despertando a la fiebre patrioterá y colonialista de toda Europa.

El militar y geógrafo andaluz Francisco Coello (1822-98), colaborador de Madoz e impulsor de la cartografía para el Atlas de España, funda en 1876 la *Sociedad Geográfica de Madrid*, en cuyo Boletín se publicó el primer viaje de Iradier. En 1883 inspira y preside la *Sociedad Española de Africanistas y Colonistas*, orientada a promover la expansión colonial de España en el continente virgen. A ello contribuyó también otro naufrago afectado por esa pasión inútil que es angustiarse por España, Joaquín Costa (1846-1911), en el *Congreso Español de Geografía Colonial y Mercantil*. Un mitin celebrado en el Teatro Alhambra de Madrid enciende los ánimos expansionistas del público hasta el nivel de las 37.017 pesetas, con el fin de organizar una expedición anexionista. ¿Y quién poseía en el país la experiencia, los conocimientos y el valor para hollar aquellos dominios de murmullos y asechanzas invisibles? Exacto, lo han visto ustedes bien: nuestro naufrago. Helo, pues, tornando sus frascos, redecillas y alidadas por títulos, banderas y abalorios; sus intereses excursionistas desinteresados por la codicia de factorías y territorios. Habiendo recibido 27.000 de aquellas pesetas patrióticas, se lanza a la carrera anexionista contra las potencias europeas dotadas de barcos de guerra y fuerzas militares en la zona. Se ofrece a acompañarlo el asturiano Ossorio, si bien los retrasos burocráticos y la ineficiencia al uso retrasaron la partida unos meses cruciales. Llegados a Guinea continental en el otoño de 1884, entre mediados de octubre y finales de noviembre se internaron ambos 80 kilómetros tierra adentro, acompañados por un cabo de la Marina y por el notario de Fernando Poo, quien levantaba acta de los contratos



Monumento a don Manuel Iradier y Bulfy, Vitoria, Parque de la Florida.

establecidos con los jefes locales. El procedimiento de anexión era tan candoroso como conmovedor. Los caciques, ayunos de televisión, recibían con curiosidad cualquier ruptura de la monotonía. En especial al munificente hombre blanco, el cual les confería la estrambótica propiedad abstracta de *zer ezpañó* tan sólo con aceptar una enseña patria, a veces también unos percales para la señora y otros regalillos, cuyo costo no montaba más allá de diez o doce duros, amén de la incierta asignación de un sueldo de cinco duros, cinco. No es de extrañar que en menos de quince días compraran para España por cuenta de la *Sociedad Española de Africanistas y Colonistas* la soberanía y el territorio de ciento un jefes, lo que venía a significar unos trece mil kilómetros cuadrados, más de trescientos pueblos y cerca de cincuenta mil almas. No sólo hemos de admirar el arrojo que exigió tal empresa, sino también la parsimoniosa economía de nuestros exploradores, pues unos con otros los kilómetros cuadrados les salieron a poco más de cuarenta céntimos la unidad. Mientras tanto, el dadivoso inglés los pagaba a duro la pieza en Nigeria, el dispendioso teutón pagaba la astronómica cifra de dos duros en el Camerún, y el francamente manirroto y excéntrico francés, tres duros en el Gabón.

Débil de cuerpo, aunque gigante de espíritu, nuestro náufrago hubo de abandonar a finales de noviembre, por enfermedad, prosiguiendo en la brecha por él abierta Ossorio y el gobernador de Fernando Poo, Montes de Oca. Al año siguiente incluso éste cayó enfermo, prosiguiendo sólo el asturiano, cuyo cuerpo era inmune (¿efecto de la fabada?, ¿de la sidra?) al microorganismo fe-lón que ataca sin mostrarse. Gracias a ello, recorrió el siguiente año toda la zona del golfo de Biafra, adentrándose más de doscientos kilómetros por el interior, subiendo hasta lo que sería el Camerún y atravesando los Montes de Cristal descalzo, pero con cuatro fusiles. En su excursión anexionó él sólo más de doscientos jefes, llevando hasta trescientos setenta el número de nuevos dignatarios españoles *in partibus infidelium*, superando así ampliamente la marca que él mismo e Iradier habían establecido el año anterior.

Pero, como decía el difunto y nunca lo bastante ponderado don José María Pemán, *hay que hacer el bien deprisa, que el mal no pierde un momento*. Las pérfidas potencias europeas amenazaban los doscientos mil kilómetros cuadrados que para España soñara el patriotero Joaquín Costa, quien había planeado la anexión del territorio comprendido entre Calabar (Nigeria) y el estuario del Gabón. En efecto, tres meses antes de la expedición española, G. Nachtigal había conseguido para Alemania la región que va desde Camarones a cabo San Juan, mientras que Francia había ocupado desde mayo el río Benito y los ingleses, Nigeria. Finalmente, el Congreso de Berlín de 1884-85, y luego el Tratado de Pa-

rís de 1900 pusieron a España en su sitio: ni doscientos mil kilómetros, ni cien mil ni cincuenta, veintiséis mil y va que chuta.

Así pues, medio año de retraso, la carencia de una flota africana y la desidia patria echaron al fondo del mar la segunda expedición de nuestro náufrago. Aunque de todos él era el que se hallaba más libre de toda culpa (¿no había *descubierto* Africa a los españoles diez años antes?), Coello la echó sobre sus hombros, quizá para esconder su propia tardanza e inoperatividad. Cuando enfermo sin redención llegó a España, ninguna fanfarria ni agitar de banderas recibió la segunda arribada del héroe. Sólo se extendía ante él la chirriante geometría de una estación de ferrocarril vacía. El, que había descubierto Guinea antes que nadie en España, él, que careció casi de todo apoyo oficial y público, él, que dejó una hija y su salud en una isla malsana y bella (*l'inimica e l'amante*), aún no había apurado el último naufragio, la última enfermedad del espíritu: el desánimo y la tristeza. Lo que ni un físico débil ni las penalidades del continente africano ni los mosquitos ni la malaria lograron, lo consiguió su país, un país que no lo merecía entre sus hijos.

El resto de sus días transcurrió entre el olvido y el paulatino dolor de ver los despojos a que se reducía su Guinea. Volvió la vista a otras exploraciones tecnológicas y patentó diversos ingenios, como un contador de agua, un aparato fotográfico y una caja tipográfica. Es posible que su mérito fuese como el de todo cuanto emprendió. Ciertamente, ninguno de esos inventos interesó a sus compatriotas.

Viejo prematuro, triste y cansado, desembarcó en medio de los pinares de Balsaín (Segovia) como gerente de la Compañía Maderera de Madrid, olvidado de las instituciones. De aquellas treinta y siete mil pesetas con que se financió su segundo viaje, sólo un veinte por ciento provenía del Ministerio de Estado, poco más que el trece y medio por ciento aportado mensualmente por Osorio. Lo demás fueron contribuciones particulares, entre las que destacan las conmovedoras trescientas setenta y siete con cincuenta de los vecinos de Alava. Tras la injuria y el olvido, tras el despojo africano, aún se le hubo de suicidar otra hija tirándose por una ventana. El, que había creído en el progreso y en la ciencia, en el éxito del espíritu indomable de un pueblo en un futuro próximo, asistió a la frustración de todas sus expectativas: debió terminar siendo un posmoderno, quizá uno de los primeros. Su estatua podría tomarse como símbolo de esta filosofía que tanto juego está dando a los profesionales. Se yergue ascética y misionera en el parque de Alava contra un adecuado transfondo de verdor (si se visita en la época adecuada). La leyenda podría ser: los méritos fueron sólo suyos; sus miserias, de todos.